

CHRISTOPHER MAITLAND SE SENTÓ DE NUEVO en su silla frente a la chimenea y acarició la encuadernación de un viejo libro. Su rostro delgado, modelado por la parpadeante luz del fuego, mostraba una característica expresión de reflexión erudita.

La curiosidad intelectual de Maitland se concentraba en el volumen que tenía en las manos. Brevemente, se preguntaba si la piel humana que encuadernaba el libro procedía de un hombre, una mujer o un niño.

El librero le había asegurado que el tomo estaba encuadernado con una porción de piel de mujer, pero Maitland, por mucho que deseara creerlo, era escéptico por naturaleza. Por lo general, los libreros que comercian con este tipo de curiosidades no gozan de demasiada reputación, y los años que Christopher Maitland llevaba tratando con este tipo de gente habían hecho mucho por destruir la fe en su veracidad.

Aun así, esperaba que la historia fuera cierta. Era agradable tener un libro encuadernado en la piel de una mujer. Era agradable tener una crux ansata fabricada a partir de un fémur; una colección de cabezas de Dyack; una arrugada Mano de la Gloria robada de un cementerio de Mainz. Maitland poseía todos estos objetos y muchos más. Porque era un coleccionista de lo extraño.

Maitland sostuvo el libro al trasluz y trató de distinguir la formación de los poros bajo la superficie curtida de la encuadernación. Las mujeres tenían poros más finos que los hombres, ¿no?

—Disculpe, señor.

Maitland se volvió al entrar Hume.

—¿Qué ocurre? — preguntó.

—Esa persona está aquí de nuevo.

—¿Persona?

—El Sr. Marco.

—Oh

Maitland se levantó, ignorando la expresión casi grotesca de desagrado del mayordomo. Reprimió una risita. Al pobre Hume no le gustaba Marco, ni ninguno de los rufianes que suministraban a Maitland objetos para su colección. A Hume tampoco le gustaba la colección en sí: Maitland recordaba vívidamente el temblor aprensivo del viejo criado cuando desempolvó el estuche que contenía la momia del sacerdote de Horus decapitado por brujería.

—Marco, ¿eh? Me pregunto qué se trae—. musitó Maitland. —Bueno, será mejor que le haga pasar.

Hume se dio la vuelta y se marchó con una notable falta de entusiasmo. En cuanto a Maitland, su interés aumentó. Pasó la mano por el dorso reticulado de un tao-tieh de Jade y se lamió los labios con una expresión muy parecida a la que adornaba el rostro de la imagen china de la glotonería.

El viejo Marco estaba aquí. Eso significaba algo realmente especial en materia de adquisiciones. Tal vez Marco no era exactamente el tipo de persona a la que se invitaba al Club, pero tenía su utilidad. De dónde sacaba algunas de las cosas que ponía a la venta, Maitland no lo sabía; no le importaba demasiado. Eso era cosa de Marco. Lo que interesaba a Christopher Maitland era la rareza de lo que ofrecía. Si uno quería un libro encuadernado en piel humana, el viejo Marco era el tipo adecuado para conseguirlo, aunque tuviera que desollarlo y encuadernarlo él mismo. ¡Gran personaje, el viejo Marco!

—El Sr. Marco, señor.

Hume se retiró con discreción, y Maitland hizo un gesto a su visitante para que se acercara.

El Sr. Marco se deslizó en la habitación. El hombrecillo era gordo, grasiento; su carne grumosa, como el sebo coagulándose alrededor del muñón de una vela. Su palidez de cera acentuaba el símil. Parecía que sólo faltaba que brotara una mecha de la bola calva de grasa que servía de cabeza al señor Marco.

El gordo miró fijamente el magro rostro de Maitland con lo que pretendía ser una sonrisa conciliadora. La sonrisa también rezumaba y contribuía al aura de suciedad que parecía rodear a Marco.

Pero Maitland no era consciente de estas cuestiones. Su atención se centraba en el curioso bulto que Marco llevaba bajo el brazo, un gran paquete envuelto en un

prosaico papel de carnicero que, de algún modo, contribuía a la fascinación que el objeto envuelto ejercía sobre él.

Marco movió el paquete con cautela mientras se quitaba el abrigo gris de dudosa calidad. No pidió permiso para despojarse de la prenda ni esperó a que le invitaran a sentarse.

El hombrecillo gordo se limitó a acomodarse en una de las sillas ante el fuego, buscó la pitillera abierta de Maitland, se sirvió un cigarro y lo encendió. El gran paquete se balanceó arriba y abajo sobre su regazo mientras su vientre se agitaba convulsivamente.

Maitland se quedó mirando el paquete. Marco miró a Maitland. Maitland habló primero.

—¿Y bien? —preguntó.

La sonrisa grasienta se ensanchó. Marco inhaló rápidamente y abrió la boca para expulsar una bocanada de humo y una respuesta.

—Siento venir sin avisar, señor Maitland. Espero no molestar.

—Eso no importa —espetó Maitland. —¿Qué hay en el paquete, Marco?

La sonrisa de Marco se amplió.

—Algo selecto —susurró. — Algo succulento.

Maitland se inclinó sobre la silla, con la cabeza extendida para proyectar una sombra vulpina sobre la pared.

—¿Qué hay en el paquete? —repitió.

—Usted es mi cliente favorito, Sr. Maitland. Sabe que nunca acudo a usted a menos que tenga algo realmente raro. Bueno, tengo eso, señor. Lo tengo. Le sorprendería lo que esconde este papel de carnicero, aunque es bastante apropiado. ¡Sí, es apropiado!

—¡Deja esa palabrería infernal, hombre! ¿Qué hay en el paquete?

Marco levantó el bulto de su regazo. Le dio la vuelta con cautela, pero con intención.

—No parece ser mucho —ronroneó. —Redondo. Bastante pesado. Podría ser un balón medicinal, ¿eh? O una colmena. Incluso podría ser una cabeza de repollo. Sí, uno podría confundirlo con una cabeza de repollo común. Pero no lo es. Oh, no, no lo es.

Intrigante problema, ¿eh?

Si la intención del hombrecillo era provocar a Maitland un ataque de apoplejía, casi lo consigue.

—¡Ábrelo, maldita sea! —gritó.

Marco se encogió de hombros, sonrió y escarbó en los bordes encintados del papel. Christopher Maitland ya no era el perfecto caballero, el perfecto anfitrión. Era un coleccionista, despojado de toda pretensión: la encarnación del ansia temblorosa. Se asomó por encima del hombro de Marco mientras el papel de carnicero se desprendía de sus dedos regordetes.

—¡Ahora! —jadeó Maitland.

El papel cayó al suelo. En el regazo de Marco había una gran bola de papel de aluminio plateado brillante.

Marco empezó a quitar el papel de aluminio, desenredándolo en hebras plateadas. Maitland se quedó boquiabierto al ver lo que emergía del envoltorio.

Era un cráneo humano.

Maitland vio la horrenda semiesfera de color blanco marfil que brillaba a la luz del fuego; luego, cuando Marco la movió, vio las cuencas oculares vacías y la abertura nasal que nunca conocería el aliento humano. Maitland observó la estructura uniforme de los dientes, adheridos a una mandíbula bien formada. A pesar de su repulsión instintiva, se mostró sorprendentemente observador.

Le pareció que el cráneo era inusualmente pequeño y delicado, notablemente bien conservado a pesar de un tinte amarillo que insinuaba su antigüedad. Pero lo que más impresionó a Christopher Maitland fue una peculiaridad innegable. El cráneo era diferente. ¡Este cráneo no sonreía!

Por alguna peculiar formación o malformación de los pómulos en la yuxtaposición de las mandíbulas, la cabeza de la muerte no simulaba una sonrisa. La clásica burla de alegría atribuida a todos los cráneos estaba ausente aquí.

La calavera tenía un aspecto sobrio y serio.

Maitland parpadeó y emitió una tos cohibida. ¿Qué estaba haciendo, entreteniéndose con esas estúpidas fantasías sobre una calavera? Era bastante corriente. ¿A qué jugaba el viejo Marco al traerle un objeto tan tonto con tan solemne preámbulo?

Sí, ¿a qué jugaba Marco?

El hombrecillo gordo sostuvo la calavera ante la luz del fuego, girándola de vez en cuando con una impresionante muestra de orgullo. Su sonrisa de autosatisfacción contrastaba extrañamente con la sobriedad grabada indeleblemente en el rostro huesudo de la calavera.

La perplejidad de Maitland encontró por fin expresión.

—¿Por qué eres tan petulante? —preguntó. —Me traes el cráneo de una mujer o de un adolescente...

La risita de Marco cortó su comentario.

—¡Exactamente lo que dijeron los frenólogos! —resolló.

—¡Malditos sean los frenólogos, hombre! Háblame de este cráneo, si hay algo que contar.

Marco le ignoró. Le dio la vuelta a la calavera entre sus gordas manos, con una expresión de regodeo que repugnó a Maitland.

—Puede que sea pequeña, pero es una belleza, ¿verdad? —musitó el hombrecillo. —Tan delicadamente formado, y mire... hay casi la ilusión de una pátina sobre la superficie.

—No soy paleontólogo —espetó Maitland. —Ni tampoco un ladrón de tumbas. Cualquiera diría que somos Burke y Hare. Se razonable, Marco, ¿por qué iba a querer un cráneo ordinario?

—¡Por favor, Sr. Maitland! ¿Por quién me toma? ¿Cree que me atrevería a insultar su inteligencia trayéndole un cráneo ordinario? ¿Cree que le pediría mil libras por la calavera de un don nadie?

Maitland dio un paso atrás.

—¿Mil libras? —gritó. —¿Mil libras por eso?

—Y barato el precio —le aseguró Marco. —Lo pagará con gusto cuando conozca la historia.

—No pagaría semejante precio por el cráneo de Napoleón—, le aseguró Maitland. —O, para el caso, de Shakespeare.

—Descubrirá que el dueño de este cráneo le interesará bastante más —le aseguró Marco.

—Basta ya. Dímelo.

Marco se encaró a él, con un dedo índice regordete golpeando la frente ósea de la calavera.

—Tiene ante usted —murmuró, —el cráneo de Donatien Alphonse Francois, el marqués de Sade.

2

Giles de Retz era un monstruo. Los inquisidores de Torquemada ejercieron el ingenio diabólico de los demonios que pretendían exorcizar. Pero al Marqués de Sade le correspondió personificar el ansia viva del dolor. Su nombre simboliza la crueldad encarnada, el salvajismo que los hombres llaman «sadismo».

Maitland conocía la extraña historia de de Sade, y la repasó mentalmente.

El conde, o marqués, de Sade nació en 1740, de distinguido linaje provenzal. Era un joven apuesto cuando se alistó en su regimiento de caballería en la Guerra de los Siete Años: un hombre pálido, delicado y de ojos azules, cuya afectada timidez ocultaba una perversidad maligna.

A la edad de veintitrés años fue encarcelado durante un año como resultado de un crimen bárbaro. De hecho, veintisiete años de su vida posterior los pasó encarcelado por sus actos, unos actos que aún hoy sólo se insinúan. Sus flagelaciones, la administración de drogas extrañas y las torturas a mujeres han servido para hacer infame su nombre.

Pero de Sade no era un vulgar libertino con un impulso primitivo hacia el sufrimiento. Era, más bien, el «filósofo del dolor», un erudito entusiasta, un hombre de gusto y educación exquisitos. Era muy culto, un pensador disciplinado, un psicólogo notable... y un sádico.

¡Cómo se habría retorcido el poderoso marqués si hubiera imaginado las pequeñas perversiones que hoy llevan su nombre! El tormento de animales por parte de campesinos ignorantes, las palizas a niños por parte de asistentes histéricos en las instituciones públicas, la imposición de crueldades sin sentido por parte de maníacos a otros o por parte de otros a maníacos: todas estas cuestiones se clasifican hoy como «sádicas». Y, sin embargo, ninguna de ellas es una manifestación de la filosofía antinatural de de Sade.

El concepto de crueldad de de Sade no tenía nada de ocultación o engaño. Practicó sus creencias abiertamente y escribió explícitamente sobre tales asuntos durante sus años en prisión. Era el Apóstol del Dolor, y su evangelio se dio a conocer a todos los hombres en JUSTINE, JULIETTE, ALINE ET VALCOUR, la curiosa LA PHILOSOPHIE DANS LE BOUDOIR y la abominable LES 120 JOURNEES.

Y de Sade practicaba lo que predicaba. Fue amante de muchas mujeres, un amante celoso, dispuesto a compartir los abrazos de sus amantes con un solo rival. Esa rival era la Muerte, y se dice que todas las mujeres que conocieron las caricias de de Sade acabaron prefiriendo las de su rival.

Tal vez las torturas de la Revolución Francesa se inspiraran indirectamente en la filosofía del Marqués, una filosofía que se difundió por toda Francia tras la publicación de sus tristemente célebres tomos.

Cuando la guillotina se alzó en las plazas públicas de las ciudades, de Sade salió de su larga serie de encarcelamientos y se paseó entre los hombres enloquecidos ante la visión de la sangre y el sufrimiento.

Era un pequeño fantasma gris y apacible, bajo, calvo, de modales templados y voz suave. Sólo alzaba la voz para salvar del cuchillo a sus parientes aristocráticos. Su vida pública fue ejemplar durante estos últimos años.

Pero los hombres seguían murmurando de su vida privada. Se rumoreaba su interés por la brujería. Se dice que para de Sade el derramamiento de sangre era un sacrificio. Y los sacrificios hechos a ciertos seres traen negras bendiciones. Los gritos de mujeres enloquecidas por el dolor son como plegarias a las criaturas del Abismo...

El Marqués era astuto. Años de reclusión por sus «ofensas a la sociedad» le habían hecho receloso. Se movía con cautela y aprovechaba los tiempos difíciles para celebrar entierros tranquilos y sin ostentación cada vez que terminaba un amor.

Al final, la cautela no fue suficiente. Una diatriba mal elegida contra Napoleón sirvió de excusa a las autoridades. No hubo acusación civil, no se celebró ninguna farsa de juicio.

De Sade fue simplemente encerrado en Charenton como un loco común. Los hombres que conocían sus crímenes estaban demasiado conmocionados para hacerlos públicos y, sin embargo, había una grandeza satánica en el marqués que, de alguna manera, impedía destruirlo sin más. Uno no piensa en asesinar a Satanás. Pero Satán encadenado...

Satán, encadenado, languidecía. Enfermo, viejo, medio ciego, arrancaba los pétalos de las rosas en un último gesto de demoníaca destructividad. El marqués pasó sus últimos

días olvidado de todos los hombres. Preferían olvidar, preferían creerle loco.

En 1814 murió. Sus libros fueron prohibidos, su memoria profanada, sus hazañas negadas. Pero su nombre perduró, perduró como símbolo eterno del mal innato...

Así era de Sade, como Christopher Maitland lo conoció. Y como coleccionista de curiosidades, la idea de poseer el verdadero cráneo del fabuloso marqués le intrigaba.

Salió de su ensimismamiento, miró la calavera sin sonrisa y al sonriente Marco.

—¿Dijiste mil libras?

—Exacto —asintió Marco. —Un precio de lo más razonable, dadas las circunstancias.

—¿Qué circunstancias? — objetó Maitland. —Usted me trae un cráneo. ¿Pero qué pruebas puede darme de su autenticidad? ¿Cómo llegó a este memento mori tan inusual?

—¡Vamos, vamos, Sr. Maitland, por favor! Usted me conoce bien como para cuestionar mi fuente de suministro. Eso es lo que yo llamo un secreto comercial, ¿eh?

—Muy bien. Pero no puedo creer sólo en su palabra, Marco. Que yo recuerde, de Sade fue enterrado cuando murió en Charenton, en 1814.

La sonrisa rezumante de Marco se amplió.

—Bueno, puedo darle la razón en ese punto —concedió. —¿Por casualidad tiene a mano un ejemplar de los ESTUDIOS de Ellis? En la sección titulada Amor y Dolor hay un artículo que puede interesarle.

Maitland tomó el volumen y Marco hojeó las páginas.

—¡Aquí! —exclamó triunfante. —Según Ellis, el cráneo del marqués de Sade fue exhumado y examinado por un frenólogo. La frenología era una pseudociencia popular en aquellos días, ¿eh? Chap quería ver si la formación craneal indicaba que el Marqués estaba realmente loco.

»Dice que encontró el cráneo pequeño y bien formado, como el de una mujer.
»¡Exactamente su comentario, como recordará!

»Pero el verdadero punto es este. El cráneo no fue vuelto a enterrar.

»Cayó en manos de un Dr. Londe, pero alrededor de 1850 fue robado por otro médico, que lo llevó a Inglaterra. Eso es todo lo que Ellis sabe del asunto. El resto podría

contarlo... pero es mejor no hablar. Aquí está el cráneo del Marqués de Sade, Sr. Maitland.

»¿Acepta mi oferta?

—Mil libras —suspiró Maitland. —Es demasiado por un cráneo de mala calidad y una historia endeble.

—Bueno... digamos ochocientas, tal vez. ¿Un trato rápido y sin resentimientos?

Maitland miró fijamente a Marco. Marco miró fijamente a Maitland. La calavera los miró a ambos.

—Quinientos, entonces —aventuró Marco. —Ahora mismo.

—Debes estar timándome —dijo Maitland. —Si no, no estarías tan ansioso por una venta.

La sonrisa de Marco rezumó de nuevo.

—Al contrario, señor. Si estuviera intentando estafarlo, desde luego no cedería en mi precio. Pero quiero deshacerme de este cráneo rápidamente.

—¿Por qué?

Por primera vez durante la entrevista, el pequeño y robusto Marco vaciló. Giró el cráneo entre sus manos y lo dejó sobre la mesa. A Maitland le pareció que evitaba mirarlo mientras respondía.

—No lo sé exactamente. Es sólo que no me apetece tener un objeto así, la verdad. Afecta mi imaginación, la excita. Una pena, ¿no?

—¿Afecta tu imaginación?

—Tengo la impresión de que me están siguiendo. Por supuesto que son tonterías, pero...

—Tiene la idea de que le sigue la policía, sin duda —acusó Maitland. —Porque robó la calavera. ¿Verdad, Marco?»

Marco desvió la mirada.

—No —murmuró. —No es por eso. Pero no me gustan las calaveras... no es mi idea de adornos, se lo aseguro. Soy un poco aprensivo.

»Además, usted vive en esta casa enorme. Está a salvo. Yo ahora vivo en Wapping. Estoy pasando una mala racha. Le vendo el cráneo. Usted lo guarda aquí en su colección, lo mira cuando quiera y el resto del tiempo no lo ve, no le molesta. Así yo me libraré de que él de vueltas por mi humilde vivienda. De hecho, cuando lo venda, abandonaré el lugar y me mudaré a un alojamiento decente. Por eso quiero deshacerme de él, de verdad. Por quinientas libras, en efectivo.

Maitland vaciló.

—Debo pensarlo —declaró. —Deme su dirección. Si decido comprarlo, iré mañana con el dinero. ¿Le parece bien?

—Muy bien —suspiró Marco.

Sacó un lápiz grasiento y arrancó un trozo de papel de los envoltorios desechados en el suelo.

—Aquí está la dirección —dijo.

Maitland se guardó el papel mientras Marco empezaba a envolver de nuevo la calavera en papel de aluminio. Trabajó deprisa, como si quisiera ocultar los dientes brillantes y el vacío de las cuencas de los ojos. Enrolló el papel de carnicero sobre el papel de aluminio, agarró su abrigo con una mano y equilibró el bulto redondo con la otra.

—Le espero mañana —dijo. —Y, por cierto, tenga cuidado al abrir la puerta. Ahora tengo un perro guardián, un bruto salvaje. Le hará pedazos a usted, o a cualquiera que intente llevarse la calavera del marqués de Sade.

3

A Maitland le pareció que le habían atado demasiado fuerte. Sabía que los enmascarados iban a azotarle, pero no entendía por qué le habían atado las muñecas con cadenas de acero.

Sólo cuando sostuvieron los látigos de metal sobre el fuego comprendió la razón; sólo cuando alzaron las varas al rojo vivo por encima de sus cabezas se dio cuenta de por qué le sujetaban con tanta seguridad.

Ante el beso ardiente del látigo, Maitland no se inmutó, sino que se convulsionó. Su cuerpo, abrasado por el horrible golpe, describió un arco. Atadas con correas, sus manos se desgarraban bajo el estímulo del insoportable tormento. Pero las cadenas de acero aguantaron, y Maitland apretó los dientes mientras los dos hombres vestidos de

negro le azotaban con fuego vivo.

Los contornos de la mazmorra se desdibujaron, y el dolor de Maitland también. Se hundió en una oscuridad sólo interrumpida por la conciencia del ritmo, el ritmo de los salvajes y chisporroteantes azotes de acero que descendían sobre su espalda desnuda.

Cuando recobró la conciencia, Maitland supo que la flagelación había terminado. Los silenciosos hombres enmascarados y vestidos de negro se inclinaban sobre él y le desataban los grilletes. Lo levantaron con ternura y lo condujeron suavemente por el suelo de la mazmorra hasta el gran ataúd de acero.

¿Ataúd? No era un ataúd. Los ataúdes no permanecen abiertos y en posición vertical. Los ataúdes no llevan en sus tapas los rasgos grabados de un rostro de mujer.

Los ataúdes no tienen púas en su interior.

El reconocimiento fue simultáneo al horror.

¡Era la Doncella de Hierro!

Los enmascarados eran fuertes. Lo arrastraron hacia delante, lo introdujeron en las profundidades de la gran matriz metálica del tormento. Le sujetaron las muñecas y los tobillos con abrazaderas. Maitland sabía lo que le esperaba.

Le cerrarían la tapa. Luego, girando una manivela, moverían la tapa mientras los pinchos se clavaban en su cuerpo. Porque el interior de la Doncella de Hierro estaba tachonado de crueles puntas, firmes y afiladas, según el ingenio de los malditos.

Al descender la tapa las púas más largas le atravesarían primero. Estas púas se clavarían en sus muñecas y tobillos. Allí colgaría, crucificado, mientras la tapa continuaba su inexorable descenso. Otras púas más cortas se clavarían en los muslos, los hombros y los brazos. Luego, mientras luchaba, empalado en agonía, la tapa se acercaría hasta que los pinchos más pequeños penetraran en sus ojos, su garganta y, con suerte, su corazón y su cerebro.

Maitland gritó, pero el sonido sólo sirvió para destrozarle los tímpanos mientras cerraban la tapa. El metal oxidado rechinó, y luego llegó el chirrido más áspero de la maquinaria. Estaban girando la manivela, acercando los pinchos a su cuerpo...

Maitland esperó, tenso en la oscuridad, el primer beso agudo de la Doncella de Hierro.

Entonces, y sólo entonces, se dio cuenta de que no estaba solo.

No había pinchos clavados en la tapa. En su lugar, una figura se apretaba contra la

superficie de hierro opuesta. Al descender la tapa, la figura se acercó más al cuerpo de Maitland.

La figura no se movió, ni siquiera respiró. Se apoyó contra la tapa, y cuando esta avanzó, Maitland sintió la presión de la carne fría y extraña contra la suya. Los brazos y las piernas se encontraron en un abrazo inconsciente, mientras la tapa seguía presionando hacia abajo, apretando cada vez más contra él aquella forma sin vida. Estaba oscuro, pero ahora Maitland podía ver el rostro que asomaba a escasos centímetros de sus ojos. El rostro era blanco, fosforescente. El rostro... ¿no era un rostro!

Y entonces, cuando aquel cuerpo se apoderó de su cuerpo en la oscuridad, cuando la cabeza tocó su cabeza, cuando los labios de Maitland se apretaron contra el lugar donde deberían estar los labios, conoció el horror definitivo.

El rostro que no era un rostro, ¿era la calavera del Marqués de Sade!

Y el peso de la corrupción sofocó a Maitland, que volvió a sumergirse en la oscuridad con el obsceno recuerdo persiguiéndole hasta el olvido.

Pero incluso el olvido tiene un final, y una vez más Maitland despertó. Los enmascarados lo habían liberado y lo estaban reanimando. Se tumbó en un jergón y miró hacia las puertas abiertas de la Doncella de Hierro. Se sintió extrañamente agradecido al ver que el interior estaba vacío. Ninguna figura se apoyaba en el interior de la tapa. Tal vez no había habido ninguna figura.

La tortura juega malas pasadas en la mente de un hombre. Pero ahora era necesaria. Pudo darse cuenta de que la diligencia de los enmascarados no era fingida. Le habían sometido a aquel suplicio por extrañas razones, y él había salido indemne.

Le ungieron la espalda, lo levantaron y lo sacaron de la mazmorra. En el gran pasillo que había más allá, Maitland vio un espejo. Le guiaron hasta él.

¿Le había cambiado la tortura? Por un momento, Maitland temió mirarse en el cristal.

Pero lo sostuvieron ante el espejo, y Maitland miró su reflejo... su cuerpo tembloroso, sobre el que estaba la sombría y taciturna calavera del marqués de Sade.

4

Maitland no habló a nadie de su sueño, pero no perdió tiempo en comentar la visita y la oferta de Marco.

Su confidente era un viejo amigo y colega coleccionista. Sir Fitzhugh Kissroy. Sentado

en el confortable estudio de Sir Fitzhugh la tarde siguiente, se desahogó rápidamente con todos los detalles pertinentes.

El genial Kissroy de barba pelirroja le escuchó en silencio.

—Naturalmente, quiero ese cráneo —concluyó Maitland. —Pero no entiendo por qué Marco está tan ansioso por deshacerse de él de inmediato. Y me preocupa considerablemente su autenticidad. Así que me preguntaba... usted es todo un experto, Fitzhugh. ¿Estaría dispuesto a visitar a Marco conmigo y examinar el cráneo?

Sir Fitzhugh se rio y negó con la cabeza.

—No hay necesidad de examinarlo —declaró—. Estoy bastante seguro de que la calavera, tal como usted la describe, es la del marqués de Sade. Es bastante auténtica.

Maitland se quedó boquiabierto.

—¿Cómo puede estar tan seguro?

Sir Fitzhugh sonrió.

—¡Porque, querido amigo, me robaron ese cráneo!

—¿Qué?

—Exactamente. Hace unos diez días, un merodeador entró en la biblioteca por las ventanas francesas que dan al jardín. No despertó a ninguno de los criados y se llevó la calavera por la noche.

Maitland se levantó.

— Increíble —murmuró—. Pero, por supuesto, ahora vendrá conmigo. Identificaremos su propiedad, confrontaremos al viejo Marco con los hechos y recuperaremos la calavera de inmediato.

— Nada de eso —respondió Sir Fitzhugh. —Me alegro tanto de que hayan robado el cráneo. Y le aconsejo que lo deje en paz.

»No denuncié el robo a la policía, y no tengo intención de hacerlo. Porque ese cráneo es... infausto.

—¿Mala suerte? —Maitland miró a su anfitrión. —¿Usted, con su colección de momias egipcias malditas, me dice eso? Nunca ha creído en esas tonterías supersticiosas.

—Exacto. Por eso, cuando le digo que creo sinceramente que esa calavera es peligrosa, debe tener fe en lo que digo.

Maitland reflexionó. Se preguntó si Sir Fitzhugh habría experimentado los mismos sueños que le atormentaban luego de ver la calavera. ¿Había un aura asociada a la reliquia? Si era así, ello no hacía sino aumentar la peculiar fascinación que ejercía sobre él la calavera sin sonrisa del marqués de Sade.

—No le entiendo en absoluto —declaró—. Pensaría que estaría deseoso de ponerle las manos encima a esa calavera.

—Quizá no sea yo el único que no puede esperar —murmuró Sir Fitzhugh.

—¿A dónde quiere llegar?

—Conoce la historia de de Sade. Conoce el poder de fascinación morbosa que esos genios del mal ejercen sobre la imaginación de los hombres. Usted mismo siente esa fascinación; por eso quiere la calavera.

» Pero usted es un hombre normal, Maitland. Quiere comprar la calavera y guardarla en su colección de curiosidades. Un hombre anormal no pensaría en comprarla. Podría pensar en robarla, o incluso matar al dueño para poseerla. Sobre todo, si quisiera hacer algo más que poseerla; si, por ejemplo, quisiera venerarla.

La voz de Sir Fitzhugh se redujo a un susurro mientras continuaba:

—No intento asustarle, amigo mío. Pero conozco la historia de esa calavera. Durante los últimos cien años ha pasado por las manos de muchos hombres. Algunos de ellos eran coleccionistas y estaban cuerdos. Otros eran miembros pervertidos de cultos secretos — adoradores del dolor, devotos de la Magia Negra—. Hombres han muerto para conseguir esa espeluznante reliquia, y otros hombres han sido... sacrificados por ella.

» Llegó a mí por casualidad, hace seis meses. Un hombre como su amigo Marco me la ofreció. No por mil libras, o quinientas. Me la regaló porque le tenía miedo.

» Por supuesto que me reí de sus ideas, igual que usted probablemente se está riendo de las mías ahora. Pero durante los seis meses que el cráneo ha permanecido en mis manos, he padecido.

» He tenido sueños extraños. Sólo mirar la mueca antinatural, sin sonrisa, es suficiente para provocar pesadillas. ¿No sintió una emanación de esa cosa? Dicen que de Sade no estaba loco, y yo les creo. Era mucho peor, estaba poseído. Hay algo no humano en ese cráneo. Algo que atrae a otros, hombres vivos cuyos cráneos esconden una cualidad

bestial que también es poco humana o inhumana.

»Y he tenido que lidiar con algo más que mis sueños. Llegaron llamadas telefónicas y cartas misteriosas. Algunos sirvientes han informado de merodeadores en los terrenos al anochecer.

—Probablemente ladrones ordinarios, como Marco, tras un objeto valioso —comentó Maitland.

—No —suspiró Sir Fitzhugh—. Esos buscadores desconocidos hicieron algo más que intentar robar la calavera. ¡Entraron en mi casa por la noche y la adoraron!

»¡Oh, estoy bastante seguro del asunto, se lo aseguro! Guardo la calavera en una vitrina en la biblioteca. A menudo, cuando vengo a verla por las mañanas, descubro que la han movido durante la noche.

»Sí, movido. A veces rompían la vitrina y colocaban la calavera sobre la mesa. Una vez estaba en el suelo.

»Por supuesto que investigué a los sirvientes. Sus coartadas eran perfectas. Era obra de extraños, extraños que probablemente temían poseer la calavera por completo, pero que necesitaban acceder a ella de vez en cuando para practicar algún rito abominable y perverso.

»¡Entraron en mi casa, se lo aseguro, y adoraron esa inmunda calavera! Y cuando me la robaron, me alegré, me alegré mucho.

—¡Todo lo que puedo decirle es que se mantenga alejado de todo este asunto! No vea a ese tal Marco y no tenga nada que ver con esa maldita reliquia de cementerio.

Maitland asintió.

—Muy bien —dijo. —Le agradezco su advertencia.

Poco después dejó a Sir Fitzhugh.

Media hora más tarde, subía las escaleras de la lúgubre buhardilla de Marco.

5

Trepó las escaleras hasta la habitación de Marco; subió los chirriantes escalones de la destaralada vivienda del Soho y escuchó el curioso y amortiguado golpeteo de los latidos de su propio corazón.

Pero no por mucho tiempo. Un aullido repentino resonó en el rellano de arriba y Maitland subió los últimos escalones con frenética prisa.

La puerta de la habitación de Marco estaba cerrada con llave, pero los sonidos que salían del interior incitaron a Maitland a tomar medidas desesperadas.

Las advertencias de Sir Fitzhugh le habían impulsado a llevar consigo su revólver; lo desenfundó y destrozó la cerradura de un disparo.

Maitland tiró la puerta contra la pared cuando los aullidos alcanzaron su máximo frenesí. Entró en la habitación, pero se contuvo.

Algo se precipitó hacia él desde el suelo; algo se lanzó hacia su garganta.

Maitland levantó su revólver a ciegas y disparó.

Por un momento el sonido y la visión se nublaron. Cuando se recuperó, estaba medio arrodillado en el suelo ante el umbral. Una gran figura peluda descansaba a sus pies. Maitland reconoció el cadáver de un gigantesco perro.

De pronto recordó la referencia de Marco a la bestia. Eso lo explicaba todo. El perro había aullado y atacado. Pero ¿por qué?

Maitland se levantó y entró en el sórdido dormitorio. Todavía había humo de los disparos. Miró de nuevo al animal tendido, y observó los relucientes colmillos amarillos que hacían muecas incluso en la muerte. Luego miró los muebles de mala calidad, el escritorio desordenado, la cama arrugada...

La cama desarreglada en la que yacía el Sr. Marco, con la garganta desgarrada en un rosario rojo de muerte.

Maitland contempló el cuerpo del hombrecillo gordo y se estremeció.

Luego vio la calavera. Descansaba sobre la almohada cerca de la cabeza de Marco, un espantoso compañero de cama que parecía mirar con curiosidad al cadáver en espantosa camaradería. La sangre había salpicado los pómulos huecos, pero incluso bajo esta mancha sanguinaria Maitland pudo ver la peculiar solemnidad de la cabeza de la muerte.

Por primera vez percibió plenamente el aura de maldad que se aferraba al cráneo de de Sade. Era palpable en aquella habitación devastada, palpable como la presencia de la propia muerte. La calavera parecía brillar con una fosforescencia real.

Maitland sabía ahora que su amigo había dicho la verdad. Había un espantoso

magnetismo inherente en aquel horror óseo, un verdadero Elixir de la Muerte que obraba y se apoderaba de las mentes de los hombres... y de las bestias.

Debía de ser así. El perro, enloquecido por el impulso de matar, había atacado finalmente a Marco mientras dormía y lo había destrozado. Luego había intentado atacar a Maitland cuando entró. Y a través de todo ello la calavera observaba, observaba y se regodeaba igual que de Sade se hubiera regodeado si sus pálidos ojos azules hubieran parpadeado en las cuencas ensombrecidas.

En algún lugar del cráneo, tal vez, los restos marchitos de su cruel cerebro seguían sintonizados con el terror. La fuerza magnética que concentraba tenía un encanto irresistible incluso a la vista de lo que Maitland sabía.

Por eso Maitland, impulsado por una compulsión que no podía explicar ni justificar, se agachó y levantó la calavera. La sostuvo durante un largo momento en la clásica pose de Hamlet.

Luego salió de la habitación, para siempre, llevando la cabeza de la muerte en sus brazos.

El miedo cabalgaba sobre los hombros de Maitland mientras éste se apresuraba por las crepusculares calles. El miedo le susurraba extrañamente al oído, advirtiéndole que se diera prisa, no fuera que descubrieran el cadáver de Marco y la policía lo persiguiera. El miedo le impulsó a entrar en su propia casa por una puerta lateral e ir directamente a sus habitaciones para que nadie viera la calavera que ocultaba bajo su abrigo.

El miedo fue el compañero de Maitland toda aquella noche. Estaba sentado, mirando fijamente la calavera sobre la mesa, y temblaba de repulsión.

Sir Fitzhugh tenía razón, él lo sabía. Había una influencia maldita que emanaba del cráneo y del negro cerebro que contenía. Había hecho que Maitland desoyera las sensatas advertencias de su amigo; había hecho que Maitland robara la calavera a un hombre muerto; había hecho que ahora se ocultara en esta solitaria habitación.

Debía llamar a las autoridades, lo sabía. Mejor aún, debía deshacerse de la calavera. Regalarla, tirarla, librar a la tierra de ella para siempre. Había algo desconcertante en aquella cosa maldita, algo que no acababa de entender.

Porque, conociendo estas verdades, seguía deseando poseer la calavera del marqués de Sade. Había en ella un encanto maligno; la vileza latente en el alma de todo hombre se despertaba y respondía a la repugnante lujuria que brotaba en oleadas de la cabeza de la muerte.

Se quedó mirando el cráneo, temblando, pero sabía que no lo abandonaría; no podía. Tampoco tenía fuerzas para destruirla. Tal vez la posesión le llevaría finalmente a la locura. La calavera incitaría a otros a cometer excesos indecibles.

Maitland razonó y meditó, buscando una posible solución al imposible objeto que se enfrentaba a él con la frialdad de la muerte.

Se hizo tarde. Maitland bebió vino y se paseó por el salón. Estaba cansado. Quizá por la mañana pudiera reflexionar y llegar a una conclusión lógica y sensata.

Sí, estaba disgustado. Las extravagantes insinuaciones de Sir Fitzhugh le habían perturbado; los horripilantes sucesos de la tarde le crispaban los nervios.

No tenía sentido dar rienda suelta a tontas fantasías sobre la calavera del loco marqués... mejor descansar.

Maitland se tumbó en la cama. Alargó la mano hacia el interruptor y apagó la luz. Los rayos de la luna se colaron por la ventana y buscaron la calavera sobre la mesa, bañándola en una inquietante luminiscencia. Maitland miró una vez más las mandíbulas que deberían sonreír y no lo hacían.

Luego cerró los ojos y se obligó a dormir. Por la mañana llamaría a sir Fitzhugh, haría borrón y cuenta nueva y entregaría el cráneo a las autoridades.

Su malvada carrera —real o imaginaria— llegaría a su fin. Que así fuera.

Maitland se sumió en el sueño. Antes de dormirse trató de concentrar su atención en algo... algo desconcertante... una impresión que había recibido al contemplar el cuerpo del perro guardián en la habitación de Marco. El brillo de sus colmillos.

Sí, era eso. No había sangre en el hocico del perro. Qué extraño. Porque el perro había mordido la garganta de Marco. No había sangre, ¿cómo podía ser?

Bueno, ese problema era mejor dejarlo para mañana también...

A Maitland le pareció que, mientras dormía, soñaba. En su sueño abrió los ojos y parpadeó a la brillante luz de la luna. Miró fijamente el tablero de la mesa y vio que la calavera ya no descansaba sobre su superficie.

Eso también era curioso. No había entrado nadie en la habitación, o se habría despertado.

Si no hubiera estado seguro de que estaba soñando, Maitland se habría sobresaltado de terror al ver el rayo de luz de luna en el suelo... el rayo de luz de luna por el que

rodaba la calavera.

Giraba una y otra vez, su rostro huesudo impasible como siempre, y cada revolución la acercaba más a la cama.

Los oídos dormidos de Maitland casi pudieron oír el golpe cuando la calavera aterrizó en el suelo desnudo a los pies de la cama. Entonces comenzó el grotesco progreso tan típico de las fantasías nocturnas. La calavera trepó por el costado de la cama.

Sus dientes agarraron la esquina colgante de una sábana, y la cabeza de la muerte hizo girar literalmente la sábana hacia fuera y hacia arriba, balanceándola en un arco que hizo aterrizar la calavera en la cama a los pies de Maitland.

La ilusión fue tan vívida que Maitland pudo sentir el ruido sordo del impacto contra el colchón. La sensación táctil continuó y Maitland sintió que el cráneo rodaba por las sábanas. Llegó hasta su cintura y luego se acercó a su pecho.

Maitland vio los rasgos óseos a la luz de la luna, a escasos quince centímetros de su cuello. Sintió un peso frío apoyado en la garganta. El cráneo se movía ahora.

Entonces se dio cuenta de que se trataba de una auténtica pesadilla y luchó por despertarse antes de que el sueño continuara.

Un grito se elevó en su garganta, pero nunca salió de ella. La garganta de Maitland estaba atenazada por unos dientes que mordían su cuello con toda la fuerza de una mandíbula humana en movimiento.

El cráneo desgarró la yugular de Maitland con cruel premura. Se oyó un jadeo, un gorgoteo y luego ningún sonido.

Al cabo de un rato, el cráneo se enderezó sobre el pecho de Maitland. El pecho de Maitland ya no se agitaba con la respiración, y la calavera descansaba allí con una curiosa simulación de reposo satisfecho.

La luz de la luna brilló sobre la cabeza de la muerte para revelar una circunstancia muy curiosa. Era algo trivial, pero de algún modo apropiado dadas las circunstancias.

Reposando sobre el pecho del hombre al que había matado, el cráneo del marqués de Sade ya no era impasible. En su lugar, sus rasgos óseos mostraban una sonrisa inequívoca e inconfundiblemente sádica.